

quía universal contraría sus designios; y hé aquí por qué la Providencia interviene para desbaratar los proyectos vanos de los hombres: "Dios hizo ver su voluntad, que era la de que esos límites no fueran traspasados; y para que no se abrogase el poder un solo monarca, hizo nacer al mismo tiempo á Francisco I, á Soliman y á Enrique VIII, á fin de oponerlos á Carlos V... Al presente parece que Dios continúa en su mismo propósito de que la Francia, la España y la Inglaterra sean tan por igual poderosas, que no pueda una acrecentarse con perjuicio de la otra, habiendo hecho el reino de Francia tan unido, poderoso y formidable por medio de la paz; y de otra parte, ha juntado el Portugal á la España, y la Escocia á la Inglaterra, á fin de que tengan fuerza y medios para precaverse igualmente los unos de los otros, y conserve cada cual su estado, haciendo así imposible la monarquía universal," (1).

Su partidario más decidido, *Campanella*, confiesa que los escritores políticos están casi unánimes en rechazarla como contraria á los designios de Dios, que ha dado á cada nacion límites naturales y lenguas diversas, expresion de un ingenio diferente; confiesa que las monarquías de que la historia hace mérito, todas fueron producto de la violencia, y que, bajo este punto de vista, están condenadas por el cristianismo (2). Añadamos á eso que la monarquía debe ser reprobada, no solamente por irrealizable y contraria al espíritu del Evangelio, sino porque, aun siendo posible, envuelve un falso ideal. Sus defensores la justifican diciendo que el fin de la humanidad es la paz, y que sólo puede asegurarla la monarquía. Ese es un error funesto: la paz no es el fin, es un medio; el fin ántes de todo es el respeto al derecho y al individuo; si el derecho no es respetado, si la individualidad es desconocida, se hace imposible al hombre cumplir su mision en la tierra, mision que no es otra que el desarrollo progresivo de sus facultades. Pues la monarquía universal, tal como los conquistadores la han ambicionado, destruye la idea misma de un derecho individual, y ciega, por consiguiente, las fuentes de la vida; ¡ay de los pueblos, si la paz llegase á ser su única preocupacion y se sacrifica-

(1) *Memorias de TAYANNES*, véase *PETITOT*, Coleccion, tomo XXIII, p. 226-280, 381.

(2) *CAMPANELLA*, de *Monarchia Hispanica*, p. 372-384 (edic. de Amsterdam, 1641).

se á ella el bien más precioso para el hombre, su libertad! Sería el reinado de una civilizacion puramente material, y, por consiguiente, la decadencia y la podredumbre. Si la monarquía universal fuera posible, se realizaría en una sociedad que no tuviese más que una sola preocupacion, la de aumentar sus riquezas para acrecentar sus goces materiales. Felizmente Dios ha querido que esa monarquía fuese eternamente una quimera, dotando á las naciones de una individualidad indestructible; ellas se alzarán siempre contra una dominacion que las aniquilaría, así como se alza el hombre, por instinto de conservacion, contra todo lo que amenaza su vida. Pero ¿es al ménos verdad que la monarquía universal sea una garantía de paz? Más bien sería un manantial de guerras permanentes. No hay verdadera paz sino cuando se da satisfacion á todas las necesidades legítimas de la naturaleza; y cuando se halla oprimido un elemento esencial de la humanidad, la lucha se hace necesaria y es providencial. Si esa lucha puede cesar alguna vez, es porque no habrá bastantes fuerzas para resistir en las naciones; la paz reinaría entónces, pero sería la paz de los sepulcros.

§ III — Las nacionalidades

I.

¿Son las nacionalidades el producto del acaso, de las invasiones, de las guerras, de la fortuita fusion de las razas, ó tienen una razon de ser, como los individuos? Si se las confunde con los Estados, hay que convenir en que no tienen vida propia y que se forman ó se deshacen con la conquista ó la herencia; de consiguiente, la monarquía universal ya no será más que una cuestion de fuerza y de fortuna. Si, por el contrario, tienen vida propia, como los individuos, tendrán tambien derecho á una existencia individual, y no podrán ser destruidas por un conquistador, como la individualidad humana no puede ser anonadada en beneficio de los príncipes. Si no hay nacionalidades, las sociedades políticas no se apoyan más que en la posesion; y la posesion, más ó ménos larga, podrá crear títulos, pero no estando fundada en la naturaleza, no tiene fuerza de derecho; es un hecho que otro contrario puede destruir. No sucede lo mismo si las nacionalidades tienen una existencia individual; no hay vio-

lencia que pueda quitársela, porque el hecho contrario al derecho, sea cualquiera su duracion, no crea derecho. Una vez que el principio de las nacionalidades haya entrado en la conciencia general y se haya realizado en la constitucion de los Estados, resultará de ello la más fuerte garantía en favor de la paz, porque ya no podrán ser cuestion de conquistas: las nacionalidades son, por consiguiente, un principio de paz. Si, por el contrario, no se toman en cuenta las naciones, si su existencia no es más que un simple hecho, las guerras de conquista serán eternas.

El principio de nacionalidad ha entrado en la conciencia humana: á realizarle en los hechos tienden ya los tiempos modernos. Y como la vida de la humanidad en su evolucion progresiva nos revela los designios de Dios, podemos afirmar que las naciones tienen su razon de ser en Dios mismo. Lo que confirma esta induccion histórica es que el elemento individualista está difundido en toda la creacion tanto y tambien como el elemento de unidad. Las condiciones físicas de la vida varían, no sólo de un continente á otro, sino que en el seno de un mismo continente ha creado Dios territorios donde la vida se desarrolla bajo condiciones diversas; y esas condiciones están apropiadas al carácter y á la mision del pueblo que está destinado á habitarle. Los territorios, con todos los elementos que los constituyen, son para las naciones lo que el cuerpo para los individuos, un instrumento, un órgano de la vida. Y así como en el hombre la constitucion física está en armonía con las facultades intelectuales y morales, asimismo el cuerpo de las naciones está en armonía con su genio y su destino. Á esto se reduce la cuestion tan frecuentemente agitada de la influencia de los climas. Háse dicho que el cuerpo hacía el alma: más cierto sería decir que el alma hace el cuerpo, porque es contradictorio que el órgano cree el principio, debiendo ser el principio quien cree el órgano. Por mejor decir, sólo Dios es creador, y él da al alma la envoltura que corresponde á sus facultades, él da á las naciones el territorio que corresponde á su mision. Esa correlacion entre las costumbres, los gustos, las actitudes de una nacion y la parte de la tierra que ocupá, es una prueba palpable de que las naciones son un hecho providencial y de que tienen su existencia en Dios, así como los individuos.

Uno de los más grandes poetas de la Francia decía en el siglo XVII:

«Du ciel la prudence infinie
Départ á chaque peuple un différent génie (1).»

Esos versos de *Cornelle* contienen en gérmen toda la teoria de las nacionalidades. ¿Qué es lo que constituye la esencia de un individuo? ¿Por qué decimos que tiene una existencia indestructible? Porque cada hombre tiene facultades diversas que está destinado á desenvolver y de cuyo uso es responsable; muere, pero es para renacer á nueva vida cuyas condiciones son una consecuencia rigurosa de su vida anterior. Entre las naciones encontramos igualmente facultades diversas que están llamadas á desarrollar y de cuyo empleo son responsables; tambien les llega la muerte como á todo lo que es creado, aunque más bien que una destruccion es una trasformacion de la vida. El genio diverso de cada hombre se manifiesta en sus obras: cada uno tiene su mision que llenar en el destino general de la humanidad. Y el genio de cada nacion nos revela igualmente su destino, que está en armonía con el de los individuos y con la mision del género humano. Precisamente es el genio particular de cada hombre y la tarea que tiene que desempeñar en la obra general de su nacion y de la humanidad lo que constituye la individualidad humana. Y tambien ese genio y esa mision son los que constituyen el carácter esencial de las nacionalidades. Cada pueblo representa en cierto modo una idea; y esa idea es el principio de su vida, de tal modo, que sin ella dejaría de existir (2); mientras que permanece fiel á esa idea, desempeña un papel glorioso en la historia; en el momento que la abandona, renuncia á su existencia, decae y muere para renacer en otras condiciones.

Toda la historia es un testimonio del destino individual que reconocemos en las naciones, y el genio y la mision de éstas se ostentan con evidencia igual en los hechos. ¿De qué manera se armoniza la existencia de las naciones con la de los individuos y con la de la humanidad? Ya hemos dicho que el individuo no debe ser absorbido por el Estado ni tampoco las naciones por la humanidad; lo cual quiere decir que, en definitiva, el

(1) *CORNELLE*, *Cinna*, II, 1.

(2) *COUSIN*, *Historia de la filosofia*, lec. X: «Un pueblo no es verdadero pueblo sino á condicion de expresar una idea que le dé un carácter comun, una fisonomía distinta en la historia.»

perfeccionamiento del individuo es el objeto final de la organizacion del género humano, y que las naciones y la humanidad son los medios en los cuales debe el hombre desenvolver sus facultades y desempeñar su mision. Separad al individuo de la nacion á que pertenece, y no tendréis más que una abstraccion, un no sér: el hombre no puede vivir fuera de una nacion, como no podría vivir la hoja si se la separa del árbol del cual recibe su savia. Es, por consiguiente, la nacion la que da al individuo su carácter, sus ideas, sus pasiones y preocupaciones: el hombre vive de ella. Pero tambien la nacion vive del individuo; y si se la separa de los individuos, es tambien una abstraccion: son éstos, por lo tanto, los que hacen su fuerza y su grandeza. Para que haya vida completa, armónica, es necesario que la vida nacional y la vida individual se compenetren, se influyan recíprocamente, pero de modo que conserve cada una su libertad de accion.

La vida nacional y la vida individual no bastan para el completo desarrollo de las facultades del hombre y para el cumplimiento de su mision. El destino de todos los hombres es solidario en razon á que son hermanos; hay, pues, un vínculo entre ellos del cual nacen deberes, los cuales, enlazando el individuo á sus semejantes, sea cualquiera el lugar que éstos habiten, ponen en accion las más nobles facultades del hombre y los sentimientos de fraternidad y de caridad. Para el individuo, la soledad absoluta acarrea la muerte del alma, y las naciones no pueden aislarse de la humanidad, como no pueden los individuos aislarse de sus semejantes; aquel aislamiento absoluto sería tambien la muerte. Por lo mismo que las naciones tienen cada una su genio particular, no representa cada una más que una de las fases de la humanidad, y cada cual por sí sola es incompleta; para completarse debe ponerse en relacion con los demás miembros de la humanidad, y sólo por esa vía comun se hace posible un desarrollo regular y armónico de las facultades humanas. De este modo, las naciones con respecto á la humanidad son lo que los individuos con respecto á las naciones; y la vida nacional debe enlazarse á la vida general ni más ni ménos que la vida individual se debe relacionar con la vida nacional. Las naciones tienen una mision que se identifica con la de los individuos; y la humanidad tiene un destino que es en el fondo el de las

naciones y de los individuos. Es, por consiguiente, necesario que el género humano sea organizado de modo que la vida nacional favorezca á la vida individual, y que la vida universal penetre en la vida nacional. El individuo, aun cuando libre é independiente en su esfera, no puede estorbar la vida nacional, lo cual sería destruir el medio en que está llamado á vivir. Tampoco puede la nacion, aunque libre é independiente, estorbar la vida general, lo cual sería sustituir una vida comun y armónica con una existencia particular y egoista; y el egoismo mata á los que á él se entregan. De ahí la necesidad de una organizacion de la humanidad que armonice la vida general, la vida nacional y la vida individual.

II.

¿Cuál es el origen histórico de las naciones? En el mundo occidental tiene una fecha moderna. La antigüedad es la edad de las ciudades y de las monarquías universales. Los Bárbaros ponen fin al imperio de la Ciudad Eterna; pero no parece sino que Roma ha nacido para la dominacion, como ya lo dijo su gran poeta; los papas reemplazaron á los Césares. ¿Cuál es el ideal del catolicismo cuyo órgano es el papa? Hoy se trata de levantar al cristianismo tradicional de su decadencia, y para ensalzarle se pretende conciliarlo perfectamente con las tendencias de la civilizacion europea. Y ¿qué digo? Sus más ardientes defensores llegan hasta sostener que es á él á quien debemos todo lo que hay de grande en nuestro estado social. La historia desmiente esas soberbias pretensiones. Una de las necesidades más vivas de los pueblos modernos es su independencia; y en el catolicismo no caben las naciones. Los más célebres doctores de la Edad Media dicen: "Que si Adán no hubiese pecado, no hubieran formado los hombres más que una sola familia, de la cual hubiera sido Adán el jefe, y, por consiguiente, el dueño," (1). Hé aquí la unidad representada como el ideal de la humanidad en su estado de perfeccion. La idea de diversidad, de nacionalidad, no podía nacer en ese estado imaginario que los católicos llaman el paraíso; en él había unidad de idioma, unidad de

(1) ALEXANDER HALLES, *Summa theologica*, quest. XCIII, membr. 1 (t. II, p. 337).

sentimientos y unidad política, si tal se puede llamar el gobierno patriarcal de la familia humana.

La unidad de idioma es la expresion de la unidad intelectual; esa unidad sobrevivió á la caída, así como un recuerdo del estado primitivo: "La tierra, dice el Génesis, no conocía entonces más que un solo idioma y un mismo modo de hablar." ¿Cómo ha nacido la diversidad de idiomas, signo de la diversidad nacional, en medio de aquella unidad absoluta? Bajo el punto de vista de las doctrinas modernas, nosotros vemos un inmenso progreso en el advenimiento de esta diversidad, porque es el de las nacionalidades. Pero ¿representa con estos colores la Sagrada Escritura aquella revolucion por la cual de un solo idioma surgieron tantos y tan diversos? Solamente el preguntarlo es una herejía. Siendo la unidad de idioma uno de los caracteres de la existencia perfecta del paraíso, la diversidad no podía ser más que una consecuencia del pecado. Y tal es, en efecto, el relato de la Biblia. Habiéndose multiplicado los hombres, su soberbia los sublevó contra Dios y se pusieron á edificar una torre, la famosa torre de Babel, como si quisiesen elevarse hasta el cielo y afrontar la divinidad. ¿Qué hizo Dios para castigar su rebelion? "Confundamos, dijo, sus lenguas para que no se entiendan los unos á los otros; y de aquella manera el Señor los diseminó por toda la tierra." La confusion de las lenguas condujo á la separacion de los pueblos. Oigamos á Bossuet: "La palabra es el lazo de la sociedad entre los hombres, toda vez que por su medio se comunican sus pensamientos. Desde el punto que unos á otros no se entienden, son extranjeros el uno para el otro. Si yo no entiendo el sentido de una palabra, dice *San Pablo*, soy extranjero y bárbaro para aquel que la pronuncia y él lo es para mí. Y *San Agustín* observa que esa diversidad de idiomas hace que un hombre se complazca más con su perro que con su semejante," (1). De este modo la confusion de las lenguas, castigo del atentado de Babel, fué el principio de la separacion de los pueblos. Por consiguiente, se puede decir que, segun el relato del Génesis, la distribucion del género humano en naciones es un castigo impuesto á los hombres por su orgullo.

Tal es el concepto que la revelacion cristiana

(1) BOSSUET, *Política sacada de la Sagrada Escritura*, libro I, art. 2.

tiene del origen de las naciones; en lugar de tener éstas su principio en Dios, son una desviacion de la creacion primitiva, es decir, de la perfeccion divina. Los hombres decaídos, en vez de glorificar á Dios, se habían servido de su unidad para hacer la guerra á Dios; hé aquí por qué éste les castigó separándolos. En ese sentido dice en sus Proverbios el Sabio por excelencia: "Por efecto de sus pecados, tienen los hombres muchos príncipes que los gobiernen." Sin embargo, el destino de los hombres es volver á la perfeccion de la que han decaído por el pecado de Adán; ese pecado ha introducido la division; Jesucristo ha venido á separar la naturaleza humana y á restablecer la unidad. La unidad, y una unidad absoluta, es por lo tanto el ideal de la humanidad, es el estado para el cual la ha creado Dios. Visto es que la unidad, es decir, la monarquía universal en la esfera política, es para el catolicismo un dogma; se necesitaría un portento del mismo género que el de la confusion de las lenguas para introducir en la unidad cristiana, á título de principio divino, el elemento de diversidad (a).

Una cosa hay de cierto, y es que durante los siglos en que el catolicismo ha ejercido una influencia preponderante, la monarquía universal fué el ideal de la Iglesia. En la doctrina de la Edad Media, los papas eran los verdaderos señores del mundo; y si consentían en compartir la dominacion con los emperadores, era á condicion de que los jefes temporales de la cristiandad les estuviesen subor-

(a) El autor sufre aquí una obcecacion lamentable. Lo que dice Bossuet y dijeron antes San Pablo y San Agustín, dando explicacion á la parábola de Moisés, es, en definitiva, si se lee sin prevenciones, lo propio que sostiene Mr. Laurent y muchos con él. Es más: la idea cristiana salva el escollo del fatalismo en que tropieza Laurent. Dios se sirve de los vicios, errores y pasiones de los hombres para castigarlos y para llevar la humanidad al cumplimiento de sus destinos. La soberbia, entre otras pasiones, engendró el pensamiento de la torre de Babel; de allí el caos; de él la diseminacion; todo ello se dice al intento de explicar el origen de las diversas razas y naciones. Pues, en más limitada esfera, lo mismo nos ha dicho Laurent: que la invasion de los Bárbaros y el caos que ella engendró en Europa fueron el origen de las naciones europeas. Y en cuanto á que el género humano es uno y tiende á la unidad, todo el pecado de los Pablos, Agustines y del mismo Bossuet, al explicar la idea cristiana sobre ese punto, consiste en no haber dejado á Laurent el privilegio de invencion. Porque no es cierto que la unidad que anhelan así el cristianismo como el mosaismo sea la unidad absoluta y absorbente de que les acusa Laurent, no; es la unidad armónica, en la que no sufren menoscabo alguno ninguna de las autonomías, y ménos que otra alguna, la individual. Esto, por lo que hace á la idea cristiana en toda su pureza, es evidente. Por lo que hace á las pretensiones del papado y á las doctrinas de los papistas, es otra cosa. Pero en nuestra opinion, Laurent padece error grave al confundir en una las dos cosas.—(N. del T.)

dinados como lo está el cuerpo al alma. Gracias á la predicacion del Evangelio y al yugo férreo del papado, las creencias religiosas eran las mismas; y existiendo la unidad en la esfera del pensamiento, se podía creer que tambien se realizaría en los hechos, y que no habría más que un solo rebaño bajo un solo pastor. Todo, hasta la unidad del idioma, signo característico de la unidad primitiva del paraíso, reapareció en la Edad Media. La Iglesia rechazó los idiomas de los pueblos bárbaros y se impuso la lengua latina como lengua sagrada. Repudiar las lenguas nacionales era tanto como rechazar las nacionalidades; mejor dicho, era impedir que se formasen y se desarrollasen. Y en realidad, mientras que dominó el catolicismo no había nacionalidad; la cristiandad era una, el pensamiento era uno, la literatura era una. Así se advierte una fatigosa uniformidad en los más grandes pensadores de la Edad Media; que sean alemanes ó italianos, franceses ó ingleses, su lenguaje es el mismo y los mismos sus sentimientos, dándonos así una idea de lo que llegaría á ser el desarrollo intelectual si pudiera establecerse la unidad de idioma, ese ideal del paraíso.

Un gran filósofo ha visto en la unidad del idioma un medio maravilloso de fomentar los progresos del espíritu humano; y para llegar á ese objeto, quería Leibnitz crear un idioma artificial. Pero todo ideal que descansa en la unidad absoluta es una utopia falsa. La Edad Media gozó de eso que se considera un beneficio, tuvo la unidad de idioma; y ¿qué resultó de ello? Que la unidad mató la individualidad, la originalidad, es decir, el principio mismo de toda vida. La literatura era artificial, como la lengua que la servía de órgano; de ahí el cansancio que respira y que ha hecho que se la relegue al polvo de lo pasado. ¡Cosa singular, y que prueba cuán engañoso es el ideal de la Iglesia! Había en la Edad Media gérmenes de idiomas nacionales, y se les despreciaba como fruto de la barbarie; sin embargo, esa barbarie sola tenía vida y por venir. En el día se registra con un cuidado que parece supersticioso hasta los menores vestigios que quedan de la literatura popular de la Edad Media, mientras que los *in-folios* latinos de los grandes pensadores del catolicismo se ven abandonados á la polilla que los roe. Ese culto de nuestros orígenes literarios no es una puerilidad de erudito; es la piedad de las naciones que recoge los

testimonios de su vida primitiva. Las lenguas modernas son el despertar de las nacionalidades; con ellas termina la unidad católica y la monarquía universal de Roma; con ellas se inaugura una nueva edad.

III.

¿De dónde vienen nuestros idiomas, expresion de las nacionalidades que han sustituido á la unidad cristiana? Hay unidad de origen en las lenguas del mundo occidental, lo cual es un vivo testimonio de la unidad que existe entre los miembros de la gran familia humana. Pero eso no obsta á la diversidad infinita de genios y de caracteres. Todas las lenguas modernas tienen su origen en la India; pero ¡qué variedad de desarrollos desde la India antigua, la Persia, la Grecia y Roma, hasta los pueblos de raza germánica! Esa variedad constituye la riqueza y la magnificencia de nuestra civilización. Las razas se han subdividido en pueblos diversos, que han influido los unos sobre los otros por medio de la conquista, la colonización y las mil relaciones á que da origen el comercio. De ahí el que las diversas lenguas, á pesar de su comun origen, respondan á civilizaciones diferentes. Observemos una cosa que prueba la importancia del principio de diversidad en los destinos del género humano: ningun pueblo moderno puede reivindicar un origen exento de mezclas; todos han sido formados por la fusion de elementos diversos, bien sea por inmigraciones sucesivas, ya sea por la guerra ó por las colonias. Esa mezcla, lejos de debilitar las nacionalidades, parece que les da una fuerza mayor: ningun país ha sido más subyugado por los conquistadores que Inglaterra, y no hay nacionalidad más fuertemente pronunciada que la de Inglaterra.

Si se pregunta cuáles son los orígenes de las lenguas y de las naciones, hay que subir á Dios, como en todas las cosas. En el momento en que la Europa aparece en la escena de la historia, ya está ocupada por razas que forman el fondo de las nacionalidades modernas. Es esto tan cierto, que aún hoy día se encuentra en las poblaciones europeas el carácter, los vicios y las cualidades que les señalan los antiguos historiadores. Las legiones romanas subyugaron las Galias, la España, la Inglaterra y una parte de la Germania; pero no tuvieron bastante poder para sofocar los gér-

menes de las nacionalidades que Dios había depositado en el mundo occidental. Roma no hizo más que añadir un elemento poderoso de civilización, esparciendo su idioma y su derecho por todo su inmenso imperio. Cuando el cristianismo, merced á la unidad romana, echó raíces bastante fuertes para poder resistir á las tempestades, llegaron los Bárbaros para hacer pedazos la falsa unidad del imperio. Es por eso la invasion germánica la que desempeña el mayor papel en la formación de las nacionalidades modernas, porque es la raza germánica la que representa más fácilmente el espíritu de individualidad, sin el cual no hay nacion posible. Los Germanos tenían hasta tal punto el amor de la personalidad, que permitían al individuo romper los lazos más sagrados, los de la familia (1), lo cual era llevar la virtud hasta el vicio. Bajo la influencia de ese espíritu de division se fraccionó la Europa en un número infinito de pequeñas soberanías locales; todo se localizó: el derecho, las costumbres, las ideas, el idioma y el carácter; tal es el régimen del feudalismo. Si ese fraccionamiento ilimitado no hubiese hallado obstáculo, hubiera disgregado los diversos miembros de las naciones, los hubiera aislado y destruido la unidad humana. Roma y el cristianismo precavieron la disolucion universal con que el feudalismo amenazaba la Europa. Pero tal es la condicion de las cosas humanas, que el bien nunca está sin mezcla de mal. El principio del individualismo germánico, necesario para la constitucion de las nacionalidades, hubiera conducido en su exceso á la anarquía y á la muerte. Roma evitó la disolucion feudal con la idea del Estado, centro alrededor del cual vinieron á agruparse sucesivamente para perderse en él las pequeñas soberanías feudales. El cristianismo extendió todavía más lejos los vínculos sociales, uniendo á todos los hombres, sin distincion de razas, por una fe comun. Pero Roma y el cristianismo tenían igualmente el defecto de extremar el principio de la unidad de que eran representantes. De ahí una nueva tentativa de monarquía universal, que hubiera podido ser funesta á la humanidad, si el papa ó el emperador hubieran llegado á dominar solos á la cristiandad; pero felizmente había en la unidad cristiana un principio de division y de decadencia, por consiguiente: el papa arruinó el imperio, y el

(1) Véase la parte quinta de estos *Estudios*.

emperador arruinó al papa; de todo ello resultaron las naciones (1).

Tal fué el largo trabajo de la Edad Media; las naciones estaban constituidas cuando estalló la revolucion del siglo XVI. La Reforma dió una fuerza inmensa al espíritu nacional. Durante todo el tiempo que la cristiandad estuvo sometida á Roma y fué explotada por Roma faltaba algo á la independencia de las naciones, las cuales, para ser libres, debían romper este último lazo que, aunque espiritual en apariencia, envolvía en realidad una dominacion temporal. Los pueblos de raza germánica tomaron la iniciativa: cosa que debía suceder, puesto que el protestantismo no era otra cosa en el fondo más que la reivindicacion del derecho del individuo en el terreno de la fe; correspondía á la raza individualista por excelencia el alzar la bandera de la rebelion contra un pretendido poder divino que oprimía al hombre en lo que tiene de más íntimo, en sus creencias; pero se prevaleía del imperio que el alma ejerce sobre el cuerpo para usurpar la soberanía temporal en nombre del poder espiritual. Por eso se puede afirmar que las naciones europeas proceden de la Reforma, y es así, en efecto: fué ella la que aseguró su soberanía, sin la cual no pueden existir naciones. Esa influencia de la revolucion del siglo XVI no se limitó á los pueblos que abrazaron el protestantismo, sino que influyó sobre aquellos mismos que conservaron sus antiguas creencias. Lutero quebrantó el papado y la unidad cristiana de la Edad Media: poderes que, á despecho de la reaccion, quedaron siendo una vana sombra de lo que habían sido. Los papas, que en la época de su poder deponían reyes y transferían reinos, se vieron obligados á buscar el apoyo de los príncipes para defenderse contra la ola invasora de la revolucion religiosa; y su decadencia fué en aumento hasta que llegó la hora en que el vicario de Dios no pudo sostenerse en el Vaticano sino con el auxilio de las bayonetas extranjeras, no siendo ya el papado más que una ruina en la ciudad de las ruinas.

La raza germánica con la Reforma terminó la obra que había inaugurado con la invasion de los Bárbaros y que había preparado con el feudalismo: la revolucion del siglo XVI constituyó definitivamente las nacionalidades. De esto hay una

(1) Véase la parte sexta de estos *Estudios*.

prueba irrecusable, y es la del vuelo que tomaron las literaturas nacionales bajo la influencia de la Reforma. Las lenguas modernas se formaron como la nacionalidades, de las cuales son la expresion durante los largos siglos de la Edad Media; pero les faltaba un principio de vida. Todo el tiempo que duró el catolicismo y en cuanto de él dependía vino ahogando los idiomas nacionales, imponiendo el latin al clero, única clase ilustrada que existía entonces, y hablando á los fieles en una lengua muerta. El Renacimiento no fué favorable á las literaturas populares: orgullosos con las obras maestras del espíritu humano que los sabios resucitaban, desdijeron éstos el lenguaje inculto del pueblo. *Erasmus*, el más brillante ingenio de aquel tiempo de entusiasmo literario, abrigaba ideas y sentimientos de la Edad moderna, pero los expresaba en el latin de *Ciceron*. La Reforma fué una revolucion en el idioma todavía más que en la fe: fué el verdadero Renacimiento; es decir, una vida nueva, y la vida reclama una lengua viva. Dirigiendo los reformadores sus apasionadas apelaciones al pueblo, se vieron obligados á hablarle en su propio idioma, y sus primeras alocuciones fueron obras maestras. Los católicos, que nada han concedido á *Lutero*, no han podido negar la arrebatadora elocuencia de sus escritos. Ya no se leen gran cosa las obras de los grandes pensadores de la Edad Media; y apenas hay alguna que brille por el atractivo del arte, habiendo ahogado el sentimiento de la vida la lengua muerta de que se valían. Pero se leerán siempre los escritos del reformador alemán, y el artista salvará del olvido al teólogo. La necesidad de impresionar el ánimo de los fieles, de convencerles y de arrebatárselos fué la misma en todas partes donde penetró la Reforma; y en todas partes ejerció la misma influencia sobre la literatura nacional. Merced al protestantismo, las literaturas modernas llegaron á ser populares; y penetrando en el pueblo, se apoderaron de un manantial de vida inagotable.

El espíritu de nacionalidad del protestantismo se revela también en otra esfera no menos característica: la ciencia del derecho de gentes data de la Reforma y debe su esplendor á escritores reformistas. Según una opinion tradicional, se debería buscar en el cristianismo el origen del derecho internacional. Verdad es que la doctrina evangélica, humanizando las costumbres, ha introducido en

las relaciones internacionales los elementos de la fraternidad y la caridad que los antiguos desconocían; pero esos sentimientos no constituyen un derecho. Hay más: es imposible que el catolicismo haya producido la ciencia del derecho que rige en las relaciones de los pueblos, puesto que es para él extraña la idea de la nacion. El derecho internacional no podía nacer más que de un movimiento que realizara, aún cuando le exagerase, el principio de individualidad. Hé aquí por qué los escritores católicos no se sintieron atraídos hácia una ciencia que en su primera manifestacion se preocupaba de lo más individual que hay en la humanidad. Esa ciencia debía ser un corolario inevitable del principio protestante: expresion del genio germánico, propende en todo al individualismo. Sin embargo, el derecho de gentes, si es verdad que implica la existencia de naciones libres y soberanas, también supone que hay entre ellas vínculos jurídicos, y para encontrar el origen, la razon y el fin de esos vínculos es necesario considerar á las naciones, no como seres aislados, gozando de una independencia absoluta, sino como miembros de una unidad superior en la cual reciban su mision y por virtud de la cual se produzca una limitacion de su soberanía, surgiendo de todo ello derechos y obligaciones recíprocas. Es tan imperiosa esa tendencia á la unidad, que, á la vez que en los hechos, se produjo en la ciencia con el nombre de equilibrio político.

§ IV.—El equilibrio político.

La unidad de la Edad Media representada por el papa y el emperador tenía por fin ideal la paz; pero ese ideal era falso y además irrealizable. ¡Cosa singular! Aquellos que debían preparar la paz al mundo cristiano, el vicario espiritual y el temporal de Jesucristo, estuvieron en lucha permanente hasta que se destruyeron uno á otro, y la Reforma puso término á la unidad cristiana. Fué entonces cuando aparecieron en escena las naciones, y también dieron fe de su existencia por medio de guerras casi incesantes. La personalidad, llevada hasta el más brutal egoísmo, fué la ley de los tiempos modernos. Pero no se tardó en comprender que, al término de esa lucha de fuerzas individuales, se encontraba la dominacion del más fuerte. Aún cuando la época de las nacionalidades

comience con el siglo XVI, todavía no estaban constituidas, no obraban en su nombre: las representaban los reyes, jefes hereditarios de los pueblos, y las representaban muy mal; animados estos de pasiones enteramente personales, la vanidad, el orgullo, el amor á la guerra, se aprovecharon de aquel campo favorable para la formacion de una monarquía universal. Así es que, desde el siglo XVI, fué esa monarquía la ambicion de una poderosa familia como era la Casa de Austria. Amenazados en su independencia, se coaligaron los demás reyes contra el más fuerte y trataron de poner á salvo su dominacion, equilibrando las fuerzas de las grandes potencias, á fin de conjurar el peligro de una preponderancia que hubiera sido el primer paso hácia la monarquía universal.

De este modo reemplazó el sistema del equilibrio europeo al de la unidad de la Edad Media. Atribúyese á aquel sistema el mérito de haber librado á la Europa de la monarquía universal, ambicion encarnada por de pronto en la Casa de Austria y más tarde en la monarquía francesa; pero nos parece excesiva pretension la de atribuir á las ideas de equilibrio el haber puesto coto á la ambicion de *Cárlos V*. Francisco I, su digno rival, en todo pensó menos que en equilibrar las fuerzas de Francia y de España: verdadero tipo de la ligereza francesa, se dejó llevar de un proyecto impolítico en alto grado y hasta irrealizable: su desiderátum era un establecimiento en Italia. Enrique VIII, que como rey de Inglaterra tenía la mision de ser el mantenedor del equilibrio, estuvo toda su vida siendo juguete de veleidosas é impuras pasiones. Y por lo que hace á *Solimán*, la menor de sus preocupaciones era el equilibrio europeo: sucesor armado del profeta árabe, no tenía otro propósito más que el de combatir y combatir siempre, hasta que toda la tierra reconociese al dios de Mahoma. El verdadero obstáculo que *Cárlos V* encontró en sus proyectos ambiciosos, fué el protestantismo, que, destrozando la unidad católica, hizo imposible la reconstitucion del imperio, sueño constante del gran emperador.

En el siglo XVII pareció que las ideas de equilibrio tomaban mayor desarrollo; apoyada el Austria en la reacción católica, estuvo á punto de hacerse dueña absoluta de la Alemania, lo cual entrañaba un gran peligro para la independencia de los otros Estados. Pero fué entonces cuando *Richelieu*

abatió para siempre la grandeza de la Casa que durante dos siglos venía alarmando á la Europa. Eso no obstante, también sería una exageracion el atribuir al sistema de equilibrio la guerra de los treinta años y la paz de Westfalia, que puso término á tan sangrienta lucha: teatro de ella la Alemania, cierto es que permaneció extraña á toda idea política, en medio de la atroz guerra que la desgarraba; y que en vano procuró *Richelieu* hacer comprender á los príncipes católicos que su interes, así como el de los protestantes, estaba en debilitar al emperador; el fanatismo triunfó de todo eso. Los príncipes protestantes fueron todavía más débiles: ni siquiera permanecieron fieles á la causa de su religion. Si el protestantismo salió vencedor de la lucha, fué debido al genio del gran cardenal. El tratado de Westfalia, ¿consagró acaso esa teoria del equilibrio que debía encadenar la ambicion de los conquistadores? Quien dictó las condiciones de la paz fué la Francia, y las dictó en provecho suyo; por consiguiente, la preponderancia pasó de la Casa de Austria al reino de Francia; y de este modo, el mismo tratado, al cual se atribuye el honor de haber fundado el equilibrio, llevaba en sí mismo el germen de una nueva dominacion. De esta manera aquel mismo siglo, que había presenciado la larga guerra de los treinta años y las interminables negociaciones de Munster, fué testigo del engrandecimiento de Luis XIV y del abatimiento de la Europa. Cierto es que la monarquía de Luis XIV no fué de larga duracion; pero si sucumbió el gran rey ante la coalición del Occidente, eso no impidió que la Francia, antes de finalizar el siglo XVIII, llevase sus armas victoriosas por toda la Europa, ni que el más grande de sus capitanes humillase á los reyes y á los emperadores. Verdad es que el gran conquistador sucumbió á su vez bajo el peso de sus propias faltas, por otra parte inevitables, porque acompañan necesariamente á la ambicion de monarquía universal.

Si la Europa ha evitado hasta aquí el peligro de esa monarquía, ¿lo debe acaso al sistema del equilibrio? Así lo cree un sabio historiador: ese sistema, dice *Heeren*, es la ley natural que rige las relaciones de los Estados (1). Pero ¿no es esto elevar un simple hecho, ó, más bien dicho, un instinto á la altura de una teoria y de una ley eterna?

(1) HEEREN, *Vermischte historische Schriften*, t. 1, p. 72.